

El Jesuita, educado y educador en la dinámica del *Magis*

di ENRIQUE E. FABBRI, S.J.

“Si tengo que dejarlos con unas personales palabras de despedida, es exhortarlos a intensificar tres cosas: primero, una creencia, una confianza en la persistente importancia de lo que están haciendo; segundo, una participada, práctica y profunda apreciación de la única herencia educacional que ustedes poseen; y finalmente, lo que los jesuitas, hace ya cuatrocientos años, llaman la cura personalis, la importancia, el cuidado, la atención, y hasta el amor del maestro por el estudiante, en una atmósfera de profunda confianza personal”
 Pedro Arrupe S.I., Homilía en el Saint Peter College en Jersey City, New Jersey, 1972.

Esta exhortación del P. Pedro Arrupe es un reflejo de toda la tradición educativa de la Compañía de Jesús, expresada en las *Normas Complementarias de las Constituciones* de la misma Compañía:

“Las Universidades de la Compañía, como partícipes de su misión, deben descubrir en su propia textura institucional y en sus genuinos objetivos un ámbito específico y adecuado, conforme a su propia naturaleza, en el que se promueva la fe que obra la justicia. [...] Una Universidad jesuítica ha de distinguirse por sus programas de formación humana, social, espiritual y moral, y por la atención pastoral a sus alumnos y a los diversos grupos de personas que en ella trabajan o con ella se relacionan”¹.

El P. Arrupe repetía constantemente que “formamos hombres y mujeres para los demás”, y no menos constantemente comentaba que los jesuitas han de formar en sus colegios y universidades “agentes multiplicadores” en la búsqueda de la mayor gloria de Dios y el mejor servicio de los hombres. Este enfoque estimula al que se forma en el espíritu ignaciano a vivir su fe cristiana queriendo asumir en forma activa su participación en el plan del Dios misericordioso, que quiere la plenificación del hombre y de todos los hombres en un ambiente terrenal de libertad y de amor. Por eso, toda la formación, la espiritualidad, la educación y la pastoral del jesuita se basa y alimenta en esa dinámica. Es una cura personal de cada uno de sus miembros y colaboradores para que se mantengan generosos y emprendedores en ese servicio de la mayor gloria a Dios y mejor bien de los hombres. De ahí brotan los multifacéticos aspectos de su misión, como lo comprueba la historia de la Compañía de Jesús.

¹ *Normas Complementarias*, n. 289 par. 3 y 5.

En efecto, es en los colegios ignacianos donde se aprende a aprender y en los ejercicios ignacianos donde se aprende a orar para ser fieles a ese llamado y a esa vocación. El desafío del jesuita que trabaja en los colegios o en la pastoral es trasladar este ideal a los campos operativos de la Compañía de Jesús: “El jesuita por su vocación se ha educado en buscar a Dios en todas las cosas hasta en realidades totalmente seculares y hasta esotéricas y en ambientes fuertemente rarificados. Buscar y encontrar a Dios en todas las cosas es un principio fundamental en todos los asuntos humanos”.²

En un folleto difundido en la universidad jesuita de Scranton esta idea se expresa clara y simplemente en estos términos:

“El colegio es una parte integral del camino de la vida. En los cuatro años del currículo escolar secundario se adquieren conocimientos, se aprenden habilidades, se entablan relaciones que pueden perdurar toda la vida. En la Universidad de Scranton ofrecemos una educación de artes liberales en la doble tradición de los jesuitas: la *cura personalis* – el cuidado de la integridad de la persona – y el *magis* – una constante búsqueda de la excelencia. En esta incansable comunidad de atención y esfuerzo de alumnos y educadores en conjunto, se desarrollan sanos hábitos de mente y corazón de gran ayuda en cualquier proyecto que uno elija y emprenda”.³

La *cura personalis* y la *magis* son los dos fundamentales *leitmotiv* para que los/las educandos aprendan lo que significa amar. Por ello, todo jesuita ha de asimilar la gran crisis de la humanidad en este horizonte de fondo. Así lo describe el actual P. General, Adolfo Nicolás en su discurso a la Universidad Gregoriana de Roma, el 10 de abril de 2008:

“Tal vez nosotros estamos hoy viviendo la mayor crisis hasta ahora conocida de las relaciones humanas. Los viejos y tradicionales lazos (pueblo, familia, grupo, cultura, religión) se están desintegrando mientras buscamos desesperadamente conexiones globales, retos universales, «comunidad del universo». Necesitamos conocer en profundidad qué es lo que está efectivamente sucediendo. ¿Qué es lo que se está hundiendo? Y ¿cómo podemos recomponer la humanidad en un mundo reconciliado? ¿Qué es la destrucción de la naturaleza que nos habla hoy de una más antigua destrucción de los seres humanos y de nuestras más profundas relaciones con la trascendencia de Dios? El ‘Decreto sobre la Misión’ nos invita, individuos, comunidades, instituciones, la Gregoriana... a examinar al interior de esta parte tan importante del ser y del vivir humano”.

Como se ve claramente, todo este planteamiento requiere en el jesuita actual un serio espíritu de oración, actualización, estudio y evaluación. Solo así podrá acompañar con acierto el proceso evolutivo que está viviendo el mundo y descubrir como en él trabaja Dios y poder así aprender como colaborar con Él.⁴

² J. BYRON S.I., *Sharing the Ignatian Spirit*, Loyola Press, Chicago 2008, p. 16. Este excelente libro me ha servido de inspiración.

³ *Ibidem*, p. 17

⁴ Ver E. FABBRI, “Hombre íntegro y amor social”, en *Boletín de Espiritualidad*, Jul. Ag. Sept. 2009, n. 266, pp. 5-17.

Educación y justicia social

El P. Arrupe se pronuncia clara y seriamente al respecto:

“Nuestra meta y objetivo educativo es, pues, formar hombres que no vivan para sí, sino para Dios y para su Cristo; para Aquél que por nosotros murió y resucitó; hombres para los demás, es decir, que no conciban el amor de Dios sin el amor al hombre; un amor eficaz que tiene como primer postulado la justicia. Este amor es, además, la única garantía de que nuestro amor a Dios no es una farsa o incluso un ropaje farisaico que oculte nuestro egoísmo. Toda la Escritura nos advierte de esta unión entre el amor a Dios y el amor eficaz al hermano”.⁵

En este sentido, los colegios jesuitas se esfuerzan por educar a los adolescentes en una formación de grupo, con el objetivo de concientizarlos para obrar comunitariamente y tomar la iniciativa de la justicia en bien de los pobres, de los carenciados y de los excluidos. De este modo se descubre el sentido más profundo del dicho actual de la educación jesuítica: “formar hombres – varones y mujeres – para los demás y con los demás”. Lo cual supone una gran preparación en los que proponen y llevan adelante tal iniciativa: “La educación para la justicia social exige como base una seria y buena teología y ciencias sociales. La justicia social merece un alto puesto en la agenda de los intelectuales de la Iglesia”.⁶

Las bases de la formación social

Formar líderes en la promoción de la justicia pide plantear y educar en nuestros alumnos siete hábitos básicos: el de razonar, leer, escribir, reflexionar, rezar, ayudar y agradecer⁷.

Razonar. En el colegio el alumno, mediante el estudio de las matemáticas, la filosofía y disciplinas afines ha de aprender a razonar, es decir, a ser un pensador, una persona que razona, que analiza con claridad y asume las cosas y los sucesos con lógica.

Leer. Hay que engendrar en los colegiales, mediante adecuados recursos, el hábito de la lectura de los buenos libros: poesías, novelas, ensayos, comedias, dramas, etc.

Escribir. La capacidad de comunicarse no es plena, si no se aprende a hacerla también por escrito. Por eso, la empresa educacional de los jesuitas no puede prescindir de enseñar a sus alumnos a comunicarse también mediante una expresión escrita clara, correcta, original, elegante y con un contenido de genuinos valores humanos.

Reflexionar. Es la capacidad de discernir de donde surge y se expande la verdad y se manifiesta el genuino amor. Por eso, las escuelas jesuíticas han de adiestrar a sus estudiantes, mediante ejercicios y técnicas apropiadas, a discernir donde está la verdad y

⁵ “Promoción de la justicia y la formación de las asociaciones de antiguos alumnos”, alocución del R. P. General, Pedro ARRUPE, S.J., 31 de junio de 1973.

⁶ J. BYRON, *Sharing the Ignatian Spirit*, cit., p. 43.

⁷ Ver E. FABBRI, “Liderazgo y Genuinidad”, en *Criterio*, enero-febrero, 2010, n. 2356, pp. 19-20.

cómo se manifiesta en el amor. Todo colegio jesuita ha de trabajar intensamente para que los estudiantes salgan de sus colegios como hombres de carácter que se sepan jugar por causas nobles que dignifican a la humanidad.

Rezar. En los colegios jesuitas los estudiantes han de aprender a vivir su fe en una forma madura, empapada de esperanza y sostenida por un Dios que nos ama primero. En sus años colegiales han de irse progresivamente empapando del espíritu de los *Ejercicios Espirituales* de San Ignacio de Loyola. Han de aprender a vivir su fe en el mundo concreto donde actúan y han de obrar: trabajo, ocio, carreras, noviazgo, matrimonio y familia, vocación personal dentro de la Iglesia, misión en su país y en el mundo, éxitos y fracasos, salud y enfermedad, alegrías y tristezas, muerte y trascendencia, etc.

Ayudar. No hay madurez humana estable si no se aprende a servir a los que sufren alguna necesidad material, psíquica o espiritual. La educación jesuita se ha de inspirar en la actitud de Jesús que lava los pies a sus discípulos (Jn 13, 15). Toda formación integral, humanista y religiosa, ha de contar con ‘laboratorios’ donde practicar esas enseñanzas para mantener vivo en los formandos la disposición a vivir en una actitud de servicio en todos los estadios de su vida.

Agradecer. Una persona logra su madurez integral cuando aprende a dar habitualmente el testimonio de ser agradecido. Este es el mejor testimonio que pueden dar los educadores de los colegios jesuitas a sus educandos. Si esto falta, no se podrá esperar mucho de los que se forman en ese centro educativo; pero si se logra, saldrán de esos centros como personas de una gran riqueza humana, ricamente integral y duradera.

Esta infraestructura humana y cristiana se puede lograr en los estudiantes si la estructura del colegio jesuita está sustentada por el cuidado personal de cada uno de los alumnos/as, lo cual constituye la base para que de los colegios jesuitas salgan “hombres para los demás”, capacitados en una actitud servicial y comprometidos en la tarea de construir un mundo mejor.

La pedagogía Ignaciana

La pedagogía ignaciana se concentra más sobre el encuentro que sobre la competencia, en la libertad más que la manipulación, en la elección individual que en la presión grupal. Es una espiritualidad que invita a la participación ecuménica, a la inculturación y al diálogo religioso. Además, si este método pedagógico resulta bien aplicado y vivido, es plenamente humanista, básicamente espiritual y ricamente dialogal.

En realidad, la organización de la pedagogía jesuítica busca sembrar y alimentar en todos los que participan de ella los valores del compromiso y de la integridad, el cuidado y la atención hacia los demás, la fe personalizada junto a una esperanza firme y el amor social. Sobre esa vivencia se funda el desarrollo integral de la dignidad humana y sobre ella se hace cultura: “Cultura es un conjunto de significados y valores que informan un común modo de vivir; por eso hay tantas culturas como hay distintos conjuntos

de significados y valores”.⁸ Ciertamente, no todas las culturas reflejan la dignidad del hombre, pero en todas se pueden reflejar algunos aspectos de esa dignidad.

¿Es posible hablar de una ‘cultura jesuítica’ a partir de la pedagogía delineada? La conocida frase del Padre Arrupe la sintetiza, una vez más: “formar hombres (varones y mujeres) para los demás y con los demás.” Es decir, formar personas comprometidas en el cultivo de los genuinos valores y virtudes humanas; responsables en promover la justicia y el amor social en la sociedad civil; defensores de los derechos humanos y la libertad religiosa; maduras en la manifestación de su fe; convencidas que se vive bien la vida humana cuando es vivida generosamente en el servicio de los otros.

Es posible pensar que se trata de un *desideratum* que nunca se logra del todo, pero no es posible desistir de proponerlo y realizarlo como solución a los problemas y anhelos de la humanidad. Es una aplicación, en su dimensión social, de lo que afirma San Ignacio en el ‘Principio y Fundamento’ de sus *Ejercicios Espirituales* (n. 23): “El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor, y mediante esto salvar su ánima; y las otras cosas sobre la faz de la tierra son criadas para el hombre, y para que le ayuden en la prosecución del fin para que es criado”.

La Compañía de Jesús, sus miembros e instituciones educativas, con sus colaboradores, se han de sentir animados a vivir y promover este compromiso, que se resume en la expresión “el servicio de la fe en la promoción de la justicia y el amor social”. Con gran acierto se expresa Byron: “La problemática queda bien abierta: ¿están nuestros alumnos bien preparados y dispuestos a ser varones y mujeres que llevan el sello indeleble de la educación jesuítica? ¿Pueden ser descritos como seriamente comprometidos a ayudar a los otros y definidos como varones y mujeres para los otros?”. No todo nuestro alumnado es católico y no todos los católicos practican su fe, pero no hay que olvidar “que todos tienen en común dos cosas: el ser de una misma naturaleza humana y la experiencia de una educación jesuítica cuya meta es alimentar y desarrollar su rico potencial humano. Es este el compromiso de trabajar por la justicia y la paz; compromiso (para los que profesan la fe cristiana) puesto al servicio de la fe por la promoción de la justicia. E implicado en todo está la exigencia en cada uno de respetar los compromisos de la fe de todos”.⁹

El proceso educativo de la pedagogía jesuita es plantear la búsqueda del conocimiento que capacita para el servicio de la promoción integral del mundo. En ese proceso solo se comprometen aquellas personas que en sus familias y colegios han aprendido a vivir una vida genuinamente humana y generosamente puesta al servicio de los demás. Sin la educación del corazón, el cultivo de la voluntad y el desarrollo de la mente – metas básicas de la educación jesuita – es imposible promover tal proceso. Como se afirma en las *Normas Complementarias* de la Compañía de Jesús (n. 65): “El proceso de la formación apostólica debe favorecer la asimilación personal de la experiencia cristiana, una

⁸ “Culture is a set of meanings and values informing a common way of life, and there are as many cultures as there are distinct sets of meanings and values”. B. LONERGAN, *Method in Theology*, Herder and Herder, New York 1972, p. 301.

⁹ J. BYRON, *Sharing the Ignatian Spirit*, cit., p. 85.

experiencia espiritual, personal, vital, arraigada en la fe, alimentada cada día con la oración y la eucaristía, tal que nos haga aptos para cooperar con Dios al provecho espiritual de los creyentes y para comunicar el don de la fe a los no creyentes”.

The individualarian

W. Byron entiende, con este neologismo inglés, a un ser humano situado sería y concretamente en sí mismo, en su personalidad.¹⁰ Puede traducirse por ‘individualidad’, o mejor, por ‘personalidad’. Supone, en el jesuita: *availability*, disponibilidad; *flexibility*, flexibilidad; y *willingness*, buena voluntad. Requisitos necesarios para trabajar en cualquier lugar del mundo con tal que sea para la mejor gloria de Dios y mejor servicio a los hombres. Este es el fundamento de la formación del jesuita y de aquellos que se forman en esa escuela.

El *individualarian* es una persona que forma integral y permanentemente su personalidad, sabiendo dar cuenta a los demás de sus efectos. En la formación de los jesuitas se objetiviza tal perspectiva en la llamada ‘cuenta de conciencia’ que el jesuita ha de dar a su superior provincial una vez al año, lo cual permite que la acción del jesuita sea, al mismo tiempo, individual y comunitaria. Byron la llama una “conversación apostólica”, para expresar mejor el fin de este ejercicio, que es evaluar si el operar de cada jesuita se mantiene en la dinámica de la mayor gloria de Dios y el mejor servicio del hombre.

Conclusión

El jesuita da, en su misión educadora y pastoral, al dinero, al poder y al talento el carácter de mediación, son medios para buscar la mayor gloria de Dios en el mejor servicio de los demás. Este planteamiento supone y exige una viva y creciente responsabilidad en manifestar que no se busca egoístamente el bien propio, sino más bien responder a lo que el Señor pide para el mejor bien de la humanidad y la Iglesia. Por eso es esencial, en la práctica, un continuo ejercicio del discernimiento de espíritus conforme a la doctrina de los *Ejercicios Espirituales*. Como escribe San Pablo: “[...] los hombres deben considerarnos simplemente como servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios. Ahora bien, lo que se pide a un administrador es que sea fiel” (I Cor 4, 1-2). O, como afirma San Pedro: “Pongan al servicio de los demás los dones que han recibido, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios.” (I Pe 4, 10). La Compañía se compromete en cultivar este servicio en la dinámica del *magis*, en lo que humildemente le parezca ser ‘lo mejor’. Una actitud que hay que concretizarla “sin quejarse” (I Pe 4, 9).

¹⁰ Se lee en las *Normas Complementarias*, n. 73: “Se ha de cuidar diligentemente que cada uno sea dirigido conforme a sus propios dones naturales y sobrenaturales; pero, al mismo tiempo, se ha de promover constantemente el sentido de solidaridad y colaboración, excluyendo todo tipo de individualismo”.

El aprendizaje y la fidelidad a esta misión educadora es posible si el jesuita ha logrado integrar armónicamente frente al dinero, al poder y al talento, la generosidad divina y la iniciativa humana conforme a la *Contemplación para alcanzar Amor*, cumbre de los *Ejercicios Espirituales* (nn. 230-237 y, sobre todo, 230-231).

El P. Arrupe lo expresa muy bien en su alocución del 10 de septiembre de 1980 al Simposio sobre el Apostolado de la Compañía en la segunda enseñanza, cuando concluye: “Sigue siendo verdad aquella frase de uno de los más célebres educadores que haya producido la Compañía: *puerilis institutio est tenovatio mundi*, la formación de la juventud transforma el mundo” Juan de Bonifacio (1538-1606).